

Canela

Tania Viridiana Hernández Rivera*

*Tú contra lo que quiere vivir, contra la ardiente
nebulosa de almas, contra la
oscura, miserable ansia de forma.
Dulce María Loynaz*

Una mesa en el centro. La madera es fuerte y oscura como la piel de esa abuela que nunca conoció pero que vio en una fotografía escondida en el cajón del ropero. Tres sillas, sólo dos ocupadas. La tercera silla reservada para las visitas que nunca llegan. La hija no recuerda que haya existido una cuarta, siempre han sido ella y su madre, siempre acompañadas por la ausencia de unas manos callosas que trajeran pan a la mesa, ausencia del sudor y calidez del otro sexo. Ambas esperan a que el agua se caliente en la olla quemada por el tiempo, negra igual que la mesa y las ramitas de canela sobre ella. La asfixiante espera se perfuma en silencio con las cortezas de madera amarga.

La hija tiene la mano sobre su vientre deseando que se encuentre seco, desértico, que huya de su cuerpo la humedad, la vida, siguiendo el ejemplo de los ojos de su madre que nunca llora ni siquiera cuando habla de la abuela a quien nunca conoció, o al mirar la tercera silla siempre vacía. La madre mientras tanto observa la nada, intentando no mirar a su hija. Una furia ardiente hierve desde el centro del pecho, opacando la tímida calidez del agua en la olla quemada. Desde la otra esquina del cuarto siente los ojos de la abuela que nunca conoció reclamando el que haya canela dispuesta para el té:

—No supiste cuidar a tu hija —dice—, la mancha de su vientre quedará por siempre: es una pérdida. La tercera silla será ocupada por alguien como tú, sucio, inútil e impuro. Nunca habrá visitas en esta casa, nunca habrá manos callosas que traigan el pan: siempre estarán solas...

* **Estudiante de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Letras Españolas, Universidad Veracruzana**

Los ojos de la hija se dirigen al débil fuego que intenta calentar el agua, lo observa como si con ello la llama ardiera más deprisa. Ve la figura de la abuela soplando para apagar el fuego y que el té nunca esté listo:

—Eres una pérdida, mujer de la calle: ¡Putá! —se persigna—. Eso que crece en tu vientre nacerá con la marca del abandono en la frente. Así como tú que no conociste a nadie que ocupara la tercera silla, tu vientre parirá el pecado. Eres hija del abandono y tu destino es ser abandonada, así como tu madre antes de ti, como la abuela que no conociste, como lo será Eso que crece en tu vientre...

El olor de la canela se extiende en el cuarto, aún a pesar de la abuela que nunca conoció su rígida silueta oscila entre la madre y la hija, vuela entre ellas para hacer hervir las entrañas. El agua ante su presencia se mantiene helada. La hija aprieta su vientre, siente como se llena. El té no podrá vaciar aquello que se aferra a la vida: ella, la hija del abandono traerá más abandono al mundo.

Después de un rato la madre se levanta, contempla a la abuela que nunca conoció y hace crecer el fuego, vuelve a sentarse. El agua lucha por dejar la frialdad, lucha contra la nebulosa transparente que es la anciana de piel canela, lucha contra el ardor de las mujeres que opaca el de la estufa: por fin hierve y comienza a regarse, todas ven el líquido que se derrama. A la hija le parece divertido, imagina que el té inunda la habitación y que con algunas ramitas de canela se hará una balsa y se marchará lejos. Ella podría irse, vivir su abandono en otro lado, dejando otra silla vacía en esa casa. La abuela que nunca conoció niega con la cabeza y la hija cierra los ojos para no dejar salir el llanto y se pregunta ¿Cuánto tiempo le tomará tener los ojos tan secos como la madre que nunca llora?

La madre se levanta y apaga el fuego. Sirve el té en una taza enorme, sin azúcar, amargo como ver la tercera silla vacía y la posibilidad de una segunda. Lo pone delante de su hija, "bébelo", dice. La hija lo toma, no sin hacer una mueca al sentir lo caliente en la boca. No siente amargura mientras bebe la canela, Eso que crece en el vientre lo endulza un poco.

Esperan dos, tres, quince minutos y todo sigue en abrumadora calma. La anciana que recomendó usar canela aseguró que funcionaría antes de que el día llegara. La abuela que nunca conoció abre las cortinas y deja entrar la resolana que se burla de los intentos por acabar con la maldición del vientre fértil. La madre sirve más té en la taza enorme. La hija da un sorbo.

—Ingenuas. Sigán rogando porque su vientre se convierta en un pozo oscuro y sin fondo como lo son sus ojos. Sigán engañando con el olor de la canela al repartidor de almas que ha tocado la puerta de esta casa. La única visita que tendrán ¡Invítenlo a pasar y que ocupe la tercera silla siempre vacía! Dejen que se instale el pecado en esta casa digna de él. Toma otra taza de canela o si prefieres dale unas mordidas a las ramitas que están sobre la mesa. No servirá de nada. Hija del abandono traerás más soledad a esta casa.

La hija sigue el consejo de la abuela que nunca conoció y muerde dos ramitas de canela. Mastica y traga, la canela no quiere instalarse en su cuerpo, la expulsa en el suelo junto con el té. La madre saca del cajón otro rollo de ramitas y lo pone en la mesa. Ambas se ponen a masticar la canela: una para acabar con la tristeza, otra con la soledad. Las gargantas arden, pero continúan masticando. Todo es mejor que ese hoyo en el pecho, que esa sensación de peso en el vientre, que el llorar por recordar las manos callosas que pudieron haber traído el pan y que sólo sirvieron para acariciar el alma que ya no siente nada.

La abuela que no conoció se ríe, abre más las cortinas. La luz se impregna en la cara de las mujeres que mastican canela y acentúa la amargura de la escena. Las voces de la calle anuncian que han perdido. Un nuevo fruto del abandono llenará de llanto esa casa, casa de ojos secos y mujeres sin lágrimas.

—Hace muchos años yo estuve en tu silla —dice la madre—, la canela no me ayudó tampoco. Lloré cuando amaneció y ahí se fueron todas mis lágrimas. Ese día sentí cómo te aferraste a mi vientre, justo como sentirás ahora. ¿Por qué naciste y no decidiste nadar en las aguas de canela? Pudiste lavarte con esas aguas y vivir lejos del pecado. Por tu culpa la tercera silla está vacía.

La hija no escucha y continúa masticando las ramitas de madera amarga. La abuela que no conoció sigue riendo, se acerca y acaricia su mejilla. Lágrimas prófugas corren por el rostro de la hija.

—Anda, llora hija mía. Después de hoy tus ojos estarán por siempre secos— presagia la abuela que nunca conoció.

La madre de súbito se levanta con furia: ¡Deja las lágrimas de mi hija! ¡No seques sus ojos y seca su vientre! Las risas se hacen más fuertes. La madre arroja a un lado la mesa y tira las sillas, el agua que aún quedaba en la olla

Ese día sentí cómo te aferraste a mi vientre, justo como sentirás ahora. ¿Por qué naciste y no decidiste nadar en las aguas de canela?

quemada por el tiempo que estuvo en el fuego. Sujeta a su hija del brazo, le quita una ramita de la mano y la rompe frente a sus ojos ¡Niña tonta! La canela tampoco te ha salvado. ¡Vete de mi casa! La lleva hasta la puerta. ¡Por tu culpa tengo dos sillas vacías!

La hija camina hacia la catedral, aunque sabe que ha perdido el derecho de pararse en ese lugar santo, de intentar mirar a Dios por encima de las altas cúpulas. Se persigna antes de entrar, se arrodilla frente al altar aún con el sabor de la canela en la boca y pronuncia una oración firme, constante y cristalina. La abuela que no conoció deja de reírse y pone su mano color madera amarga sobre el vientre de la hija. Reza con ella.

Las mujeres suplicantes son ajenas a lo que ocurre en la casa de las sillas vacías. La madre ha roto todo, grita furiosa, busca los cerillos y enciende una ramita de canela que tira junto a la mesa. Continúa encendiendo las ramitas y las arroja por toda la casa. Levanta la tercera silla, se sienta. Ve el fuego extenderse por la casa, pero no importa. La tercera silla ya nunca más estará vacía.

El olor a canela quemada despierta a los demás habitantes del pueblo que se precipitan a buscar a la madre. La hija continúa con sus rezos, su nariz es ajena al olor picante de las ramitas de madera amarga. La abuela se ríe, no con burla. Acaricia la cabeza de la hija.

—Está hecho, hija mía. No habrá más sillas vacías en esa casa.

La hija se levanta, se persigna y sale de la iglesia. Siente algo cálido entre las piernas. El líquido rojo que llega hasta los tobillos no la detiene. Ligera, avanza más allá de los límites del pueblo, sin sentir el peso de más sillas vacías, libre por primera vez en la vida, libre de buscar unas manos callosas y el sudor cálido del otro sexo. La abuela que no conoció sonrío y ve a su nieta alejarse en dirección contraria a la de todos los habitantes que corren con cubos de agua, mientras gritan que el olor a canela es insoportable.